

REVISTA DE ALBACETE

PERIÓDICO CIENTÍFICO, LITERARIO Y POLÍTICO

SE PUBLICA LOS DÍAS 10, 20 Y 30 DE CADA MES

DIRECTOR: D. MANUEL ALCÁZAR Y GONZÁLEZ

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la Capital 50 céntimos de peseta al mes.—Fuera 1,50 pesetas trimestre (pago anticipado).

REDACCION Y ADMINISTRACIÓN

Calle de San Agustín números 18 y 20, principal, donde se dirigirá toda la correspondencia.

ATENEO ALBACETENSE

DISCURSO LEIDO EN LA NOCHE DE SU APERTURA
POR EL PRESIDENTE D. M. ALCÁZAR

(CONTINUACIÓN.)

El carácter y el temperamento imprimen su huella en nuestra voluntad. Es seguro que en circunstancias idénticas son distintas en naturaleza é intensidad las resoluciones de personas que tengan distinto carácter ó temperamento ó que difieran en uno y otro. Esto lo observamos, lo vemos todos los días, lo reconocemos desde el momento en que sobre ello se nos llama la atención, y necesariamente tienen que reconocerlo los partidarios del libre albedrío.

No son los datos expuestos los que deben ser tenidos en cuenta únicamente en la cuestión que sirve de tema á mi discurso, ni los únicos factores que concurren á producir la volición; hay otros que no tienen menos importancia. La educación, el estado de nuestros nervios en el momento de recibir una impresión esterna, la herencia, la familia, la ciudad y la patria; el estado civil de las personas, su estado de salud ó enfermedad, la edad, la tradición, el momento histórico en que se vive, la función social que se desempeña, las razas humanas, etc. etc., tienen una importancia grandísima en las determinaciones de nuestra voluntad y en nuestra vida. Observad como engendran los estudios distintas aficiones, y como la profesión imprime cierto sello á los actos de nuestra vida, y en cuanto á la edad, cuán grandes son las diferencias que ocasiona! ¡Qué oposición entre la vida del niño y la del anciano que se encuentra en la decrepitud! ¡Qué abismo entre una y otras edades! ¡Qué modo de pensar más diferente! ¡Qué aficiones más opuestas! En una palabra: ¡qué contraste!

Pues bien, pasaré á otras influencias.

Oid á Herzen y os convencereis de la participación que lleva nuestro sistema nervioso en

nuestra vida espiritual. Dos venenos, dice: «de los cuales el uno tiene la propiedad de escitar y activar la acción refleja, en tanto que el otro deprime y anula la actividad nerviosa, sirven para demostrar la influencia en nuestra vida del estado del sistema nervioso. El primero de esos venenos es la estriquina y el segundo el curare. La estriquina ejerce su acción sobre los centros nerviosos, la sustancia gris y el curare sobre los troncos nerviosos; aquella acelera las funciones de la sustancia gris y este deprime y anula la función de los troncos nerviosos, que consiste en la trasmisión de las sensaciones hasta los centros y de los impulsos motores hasta los músculos. Si se envenena con estriquina á un animal que responda normalmente á la influencia de un ruido ó de un contacto, veremos que después de la administración del veneno responde con una vivacidad y una rapidez extraordinaria; recorre todos los músculos de su cuerpo una contracción momentánea, espasmódica, y si la dosis de estriquina es suficiente para producir un efecto muy considerable, la reacción será cada vez mayor, se propagará á todos los miembros y llegará, por último, hasta los músculos encargados de ejecutar los movimientos respiratorios; estos se inmovilizarán, el aire puro dejará de penetrar en los pulmones, no se oxigenará la sangre ni latirá el corazón y sucumbirá el animal en medio de los espasmos de la asfixia.

En el animal envenenado con el curare se observan síntomas completamente contrarios; y conforme se acentúa la acción del veneno se debilitan los movimientos; una escitación que antes de la administración del veneno provocaba saltos y movimientos bruscos, apenas es suficiente después para mover las estremidades y aún cuando la escitación sea bastante poderosa para obligar á huir al animal este hace con tal objeto inútiles tentativas; después cesan los movimientos respiratorios y viene la asfixia.»

El mismo Herzen dice: «no habrá nadie que

ponga en duda la influencia que sobre nuestro modo de pensar y obrar ejercen sustancias tales como el opio y el vino. El opio, cuando se administra á pequeñas dosis, obra como escitante, ó lo que es lo mismo, hace al sistema nervioso más impresionable; de lo que resulta que en este primer grado de intoxicación se perciben las impresiones con más intensidad; las sensaciones directas y reflejas producidas por esas impresiones, son más numerosas y más rápidas; forman mil combinaciones nuevas, por cuya razón predominan las sensaciones subjetivas sobre las impresiones reales, resultando de esto grupos de representaciones denominadas ilusiones y alucinaciones. Cuando la dosis es excesiva los narcóticos, así como los espirituosos, alteran la composición del sistema nervioso hasta el punto de hacer que disminuya la escitabilidad y que sus funciones se ejecuten de una manera incompleta y lenta. Á medida que se aumenta la dosis el individuo cae en un estado de inamobilidad, de pesadez y de postración completa.»

Todos conocéis la acción del café sobre el sistema nervioso. M. Rambasson, para estudiar bien sus efectos, se colocó en las condiciones mejores renunciando á la alimentación ordinaria y reduciéndose al uso de la menor cantidad posible de alimentos muy sencillos.» Algunas veces, dice el distinguido observador, he permanecido cuarenta horas sin tomar alimento alguno sólido ni líquido y sin más que algunas píldoras gomosas, con objeto de que el estómago estuviera completamente vacío para que ninguna influencia contraria pudiera neutralizar el efecto de la sustancia que me proponía experimentar. Si entonces tomaba poco á poco cierta cantidad de café muy cargado sentía inmediatamente operarse en mí un cambio notabilísimo: disminuía la delicadeza de mis sentidos y mi inteligencia adquiría un desarrollo insolito; dejaba de ser comunicativo, tornándome grave y áspero. En una palabra, manifestaba carácter é instintos completamente contrarios á los míos. En cambio mi inteligencia trabajaba sin sentir fatiga alguna y casi á pesar mío.

Si permanecía mucho tiempo en este estado mi espíritu llegaba á ser incapáz de producir nada pero permanecía como mi cuerpo en perpétua agitación; en resúmeu, yo no era sinó movimiento é inteligencia, por más que mis pulsaciones fuesen muy débiles y hubiera disminuido mucho su número. Si tomaba un poco de alimento y de buen vino renacía la calma; bajo su influencia sentía que todas mis fuer-

zas tomaban una nueva dirección trasformándose en sensibilidad y sentimiento; si entonces leía lo que había escrito ó recordaba lo que había pensado bajo la influencia del café, quedábame sorprendido de haber tenido pensamientos de un carácter tan especial, y sin embargo, al escribirlos ó pensarlos me habían parecido perfectamente naturales.»

La herencia influye también en nuestra manera de ser y con tal género de influencia como puede verse en las especies Darwin en el crimen y la locura y en la patología de la inteligencia de Maudley, en el hombre de Vogt y otros muchos.

Los pueblos y las naciones tienen como todos sabéis un carácter especial que constituye su originalidad y que se refleja en la vida de sus individuos.

No tengo para qué recordar, pues se haría interminable este trabajo, las grandísimas diferencias que separan las razas humanas, diferencias que son muchas veces mayores que las que nos presentan las distintas especies de un género de animales. En fin, las distintas clases de la sociedad piensan de distinta manera y el sexo es fuente fecunda de oposición y contraste dentro de la naturaleza humana y causa permanente de un sentido y dirección de la vida relativamente opuesto entre la mujer y el hombre que se revela en la niñez y se conserva y permanece hasta la muerte.

Pasaré á otro orden de consideraciones no menos importantes para la cuestión que nos ocupa.

La edad histórica, la época, ejercen una decisiva influencia en nuestra voluntad, en nuestros sentimientos, en nuestros pensamientos; en una palabra, en la vida del hombre. Esta influencia es la influencia que la sociedad ejerce en el individuo con sus instituciones, con sus ideas, con sus costumbres, con su manera de ser en un período de tiempo determinado. Influencia que como notareis, no es ya de lo físico en lo espiritual sinó de lo espiritual en el mismo espíritu: del pensamiento y del sentimiento en las determinaciones de la voluntad. ¿Queréis ver comprobada esta verdad? Cojed la historia, abridla por cualquiera de sus páginas y hallareis la demostración. Se ha dicho que el hombre no puede sustraerse á la edad en que vive y nada hay más exacto. Ved como pinta Laurent la edad media.» La guerra, dice, era el ideal de la vida, era la poesía de la existencia. Cuando faltaban verdaderos combates se imaginaban simulacros y los torneos eran co-

mo una imagen y como un preludio de la guerra; muchas veces tan sangrientos como una batalla. En ellos se hacían prisioneros y el vencedor ganaba como en el campo de batalla los caballos y armas de los vencidos. El furor guerrero que animaba á los combatientes no les permitía contenerse en los límites de un juego inocente. En un torneo que se verificó cerca de Colonia perecieron sesenta caballeros, citándose gran número de personajes ilustres que hallaron la muerte en tan sangrientos juegos.

La pasión de los combates no se contentó con la imagen de la guerra; quiso verdaderas luchas y de aquí los retos á todas armas que se verificaban con todas las reglas propias de las batallas: eran combates mortales sin que los combatientes fuesen enemigos; muchas veces ni aún se conocían y la única ambición, por la cual arriesgaban su vida, era la de mostrar su bravura, su generosidad y su destreza. Con frecuencia el desafío se hacía para todos los que quisieran entrar en el palenque. Juan, Duque de Borbón, propuso un torneo de este género y en los carteles de convocatoria que hizo publicar decía: Nos Juan Duque de Borbón, deseando huir de la ociosidad y ejercitar é ilustrar nuestra persona en la profesión de las armas, con el fin de ganar honor y favor de la hermosa de quien somos servidores, etc. etc.»

La poesía en esta época es guerrera: Beltran de Borne dice; «quiero que los altos barones estén continuamente enfurecidos los unos con los otros.»

Al estallar las hostilidades entre Felipe Augusto y Ricardo, *Corazón de León*, transportado de alegría por la esperanza de una buena guerra cantaba su júbilo en un canto arrebatador. Yo quiero hacer una trova sobre los dos Reyes: si son hazañosos y bravos bien pronto veremos los campos cubiertos de yelmos y escudos, de espadas y de arzones, de cuerpos hundidos hasta la cintura. Veremos errantes de aquí para allá alazanes sin ginetes; lanzas incadas en los hijares y los pechos y escucharemos llanto, lamentos de sed, alaridos de alegría.

Un poeta provenzal se expresa en estos términos. «La guerra me agrada; gusto de verla comenzar ¡ah! cuando veré yo en un campo á propósito á dos adversarios alineados y apretados de modo que al primer encuentro haya heridos y muertos de ambas partes. Caballeros heridos, manos y brazos cortados de un

mandoble, caballos muertos. Aunque ni una sola persona debiese volver del combate no importa yo no tendré tristeza. Yo gozo al ver los bulleros y los pastores huyendo amedrentados por los campos y tan turbados que ninguno sabe dande refugiarse.»

La guerra era la única ocupación de aquellos tiempos y parecía que era también el ejercicio más conforme con la naturaleza humana. Los sacerdotes y representantes de una religión de paz y caridad participaban de aquel furor guerrero; verdad es que todavía no se han corregido del todo en estas aficiones. Raimundo de Agiles, Canónigo de la Catedral de Pui, habla del modo siguiente: «cuando los nuestros se apoderaron de las murallas y de las torres se vieron cosas admirables; de los Sarracenos los unos eran heridos de muerte y esta era para ellos la mejor suerte; otros, después de largos sufrimientos, eran entregados á las llamas; en las plazas y en las calles de la ciudad se veían montes de cabezas, de manos y de piernas. Los hombres de á pié y de á caballo marchaban por donde quiera á través de cadáveres, pero esto aún era poca cosa es necesario decir lo que ocurrió en el Templo de Salomón donde los Sarracenos acostumbraban celebrar las solemnidades de su culto; en el templo y en el pórtico se andaba á caballo con la sangre hasta las rodillas del jinete y hasta las bridas del caballo.»

Los prelados de la Iglesia Romana escitaban desde los púlpitos las matanzas, diciendo á los combatientes católicos: matad que después de muertos, Dios distinguirá á los suyos de los contrarios.

¿Cómo se explica esta manera de ser y de pensar de la humanidad tan contraria á la naturaleza humana; tan contraria á la poesía que la canta, á la religión que la protege, á la ciencia que permanece muda ante tan repugnante espectáculo? ¿Cómo esta diferencia de ideales entre aquellos y estos tiempos en que la guerra se considera como el azote más grande de la humanidad? ¿Es que el hombre de la edad media no es el de la moderna? ¿Es que se ha transformado la naturaleza humana? No: el hombre es el mismo, pero sometido á otras influencias; viviendo en otro medio muy distinto, como ahora se dice.

(Se concluirá.)

PECADO ORIGINAL

(CONCLUSIÓN)

Después de un estenso período encaminado á demostrar que el hombre es tan eminentemente

religioso que podría llamarse con tanta propiedad *animal religioso* como se dice *animal racional*, dice el Sr. Berruga, que de tantas religiones como han impreso su huella en el mundo, sólo es verdadera la que él profesa; y como á seguida expone que en todas las teogonías antiguas existe la idea de sacrificios como medio de implorar la clemencia divina, nos parece que con el mismo derecho y la misma razón cada religión se ha adjudicado el título de verdadera. Pregúntese á un creyente en cualquiera religión positiva, y dirá que sólo la suya es verdadera. ¿Qué prueba esto? Que todas son falsas ó todas verdaderas.

Toda religión guarda armonía con la idea que se ha tenido y se tiene del Sér Supremo, idea que es y ha sido el fiel reflejo de los vicios y virtudes de las diferentes generaciones. En un país salvaje, sanguinario, donde los hombres tienen su mayor goce en contemplar la tortura de sus semejantes, se ha creído agrandar á la Divinidad por medio de sacrificios humanos. En otro algo más humano, pero iracundo y con apetitos groseros, se aplacaba la ira de Dios inmolando animales y quemando sus rebaños en el altar de los holocaustos, elevándose un olor grato á la Divinidad que concebían, á la que suponían recibía en su olfato el placer que ellos experimentaban con tal olor. Ya se ha creído agrandar á la causa infinita alimentando un fuego perpétuo, ó ya que bastaba con unas cuantas palabras dichas y hechas por sus representantes; y aún en los cultos más racionalmente tributados á Dios se ha conservado la idea de sacrificio como medio de agrandarle.

Esto indica que religión y culto externo son uniformes en su marcha progresiva y coetáneos con el concepto de causa infinita, cuyo concepto sintetiza el estado de progreso intelectual y moral de cada pueblo.

El espíritu humano, como dice muy bien el Sr. Berruga, tiene su gravitación, cual es su constante marcha hacia lo infinito por la ancha vía del progreso, impulsándole su naturaleza á no vivir desligado de sus relaciones con la causa suprema de todo lo creado, relaciones que constituyen la religión.

Dado el progreso como ley que rige los destinos humanos, y retrocediendo en la escala progresiva más y más, siempre más; podremos concebir en hipótesis á la humanidad primitiva, envuelta en la oscuridad del tiempo, con muy escasos rudimentos de racionalidad. Nos figuraremos al hombre á principios del período cuaternario, indolentemente recostado sobre la

verde alfombra que la exuberante naturaleza le ofrecía, perezoso en sus movimientos, disgustado hasta de la luz que hería la sensibilidad de su retina, sin ocuparse ni preocuparse de nada de lo que le rodeaba, mover tan sólo sus largos brazos para hacer presa en las yerbas que estaban al alcance de su mano, cuando su estómago, impelido por la necesidad, agujoneaba el instinto de conservación; en la época sexual despertar del letargo en que yace para ir en busca de su compañera, y quedar después en la misma inacción. Es el estado embrionario de la humanidad, en el cual no existe religión, no hay conciencia de la existencia y menos habrá de la causa. ¡Cuán difícil nos sería reconocer en esos desgraciados seres á nuestros semejantes! Y sin embargo, en ellos estaba el germen que, en el curso de los siglos y á beneficio del progreso incesante, había de dar origen á humanidades más activas, más perfeccionadas; es cuestión de tiempo: así como nadie reconocería en su embrión al hombre de más esclarecido talento; es también cuestión de tiempo.

Sigamos la hipótesis y avancemos más. Á beneficio de la humanidad por la existencia veremos en la humanidad despertar su imaginación por la comparación entre los frutos que usa en su alimentación, eligiendo de entre ellos los que le fueran más gratos al paladar, á los que tributaría adoración creyendo les debía la existencia, los hizo dioses, no se extendía á más su horizonte intelectual; ahora bien, sería verdadera esta religión, este culto? Para nosotros es tan verdadero, con relación á aquellas gentes, como el Catolicismo Romano para los católicos: rendían tributo de agradecimiento á la Divinidad según la comprendían, y aún admitiendo con los católicos un Dios personal que vela continuamente como un padre por la suerte de sus hijos, le creeríamos lleno de regocijo al ver los primeros destellos de amor en sus criaturas; como el padre contempla con inefable ternura las primeras ideas que emiten sus pequeñuelos, aunque sean vacías de sentido.

Prosigamos nuestra hipótesis. Algunos hombres más pensadores observarían que tanto las plantas como los animales recibían una influencia tan grande del calor y luz solar, que sin ella no podían existir, y dedujeron que el astro del día era superior á todo lo que hasta entonces creyeron divinidades y le rindieron culto, otra fase de rendir tributo á Dios en armonía con los progresos obtenidos por aquella humanidad. Al ver después que las tempestades y cataclismos del globo, interceptaban la luz solar, é influían

directamente en sus vidas y propiedades, idearon divinidades ocultas, tributándolas homenaje por medio de ídolos simbólicos.

La misma *Biblia*, interpretando los sentimientos de los Israelitas, supuso un Dios guerrero que los acompañaba en los combates, hasta el extremo de parar el sol por el placer de destruir los cinco reyes de los Amorreos con todos sus ejércitos, sin tener en cuenta que eran tan hijos de Dios como ellos; pero en su egoísmo creían que Jehová no era Dios de los otros, y en caso de serio, los había abandonado. Las victorias obtenidas por el pueblo Israelita robustecieron tal creencia y aún hoy día hay quien lo sostiene, sin tener en cuenta que, sin tanta milagrería, los dioses de Roma consiguieron sujetar á su dominio la mayor parte del planeta habitado, incluso la Judea; como los sectarios de Mahoma dominaron en su tiempo un vasto territorio del Cristianismo, y otros muchos ejemplos cuya exposición sería pesada, y que todos pueden encerrarse en el espíritu de la popular redondilla

Vinieron los Sarracenos
Y nos molieron á palos,
Que Dios protege á los malos
Cuando son *más* que los buenos.

Este más puede ser en número, fuertes ú organizados.

Aun en religiones que se llaman cristianas, si bien tienen poco de tal, se personaliza el Sér Supremo á imágen del hombre, atribuyéndole virtudes y vicios. Figuran á Dios como un gran rey que necesita de ministros para gobernar sus súbditos, que tiene su corte y gusta también de la adulación. Con razón dice Goethe: «Los hombres tratan á Dios como si el Sér Supremo, el Sér incomprensible, indefinible, no fuese otra cosa que su semejante, pues de otro modo no dirían: «El Señor Dios, nuestro Dios, el buen Dios,» llega á ser para ellos, y en especial para la gente de Iglesia que tiene siempre su nombre en la boca, un simple vocablo, una palabra de costumbre bajo la cual no expresan la menor idea: pero si penetraran la grandeza de Dios, guardarían silencio y por respeto se abstendrían de nombrarlo.

De todo lo expuesto deducimos que la religión ha estado siempre uniforme con la idea de Dios, que esta idea ha sido y es relativa al estado intelectual y moral de las naciones, á los movimientos de la civilización y á los progresos del espíritu humano; que todas han podido considerarse como verdaderas con relación

á su generación y época; pero como dista una infinidad lo finito de lo infinito, y no le será dado nunca al hombre comprender la causa suprema, mal podrá tributarle un culto absoluto, y en este sentido todas las religiones positivas son falsas. Ni podemos admitir tampoco que el Romanismo sea continuación de la doctrina sostenida y sellada con la sangre por el sublime Mártir del Gólgota.

Jesús sintetizó el amor al prójimo hasta el extremo de devolver bien por mal, consideró á todos los hombres hermanos, sin distinción de castas, anatematizó la guerra, y cuando vemos á los que se dicen cristianos encenderla, cual sucede hoy en nuestra desgraciada España, que aprovechándose de las circunstancias pretenden ciertos defensores de Roma encender por tercera vez una guerra civil, utilizando el fanatismo para fines más terrenales que espirituales, ¿cómo hemos de considerar esto continuación de aquella sublime moral?

En este siglo vá infiltrándose en la humanidad la idea de que la omnipotencia divina es el sosten invisible de la naturaleza, no ley organizadora, fuerza esencial de la cual derivan las fuerzas físicas. Considera á Dios como pensamiento inmanente, que reside en la esencia misma de las cosas, sosteniendo y organizando lo mismo las criaturas más humildes, como los más grandes sistemas de soles, siendo las leyes de la naturaleza su expresión eterna.

Concebido un Dios así, el culto más grande que la humanidad pueda tributarle, es cooperar con el trabajo al embellecimiento de la corteza terrestre, lo que redundará á su vez en beneficio de la misma humanidad. El templo verdaderamente digno de Dios es el Universo y las preces más agradables, son la fraternidad humana, sintetizadas en el amor al prójimo como á si mismo.

Resta ocuparnos de la comparación que establece el señor Berruga entre la trasmisión de enfermedades por herencia y la culpa original.

No hay paridad entre uno y otro hecho; es muy cierto que hay predisposiciones hereditarias á contraer enfermedades que tuvieron sus ascendientes, del mismo modo que se hereda la forma, color, estatura, etc. Como la materia y sus leyes son comunes á todos los individuos, se hallan expuestos á las mismas relaciones; más el punto inicial de su desarrollo no es el mismo. Cada óvulo fecundado lleva en si el subtractum material de todo el sér que le origina, con sus leyes de evolución; fácil, pues, nos será concebir exista en él una predisposi-

ción á desarrollar movimientos dados que normalizan á su modo la tectura anatómica ya de los sólidos ó fluidos del organismo. Sino consideráramos al señor Berruga espiritualista nos estenderíamos en más consideraciones para demostrar que unas son las leyes de la materia y otras las del espíritu, aunque en su unión se influyan mutuamente.

Vamos sencillamente á considerar á Adam compuesto de dos elementos alma y cuerpo. ¿Considera á toda la humanidad comprendida material y espiritualmente en Adam? ¿Descienden de él todos los hombres en su cuerpo y alma? Si así cree abandone el campo espiritualista, y tome asiento en el materialismo puro que le será más afín, á donde también discutiríamos. Mas si, como creemos, admite con nosotros la trasmisión de padres á hijos la forma esterna material, y considera al espíritu individual, venido directamente de la causa creadora, se hace nula por sí la objeción que nos ocupa.

Así como la materia de que se compone nuestros órganos, es comun con toda la de los demás seres que habitan el planeta, el espíritu es individual é indivisible de donde se infiere que cada hombre tiene el que le es propio. Adam tenía su espíritu responsable de sus actos, más como indivisible que es no pudo transmitir á sus hijos ni un átomo del suyo, por consiguiente no pudo mancharlo.

No hay comparación, pues, entre la herencia material y la espiritual, la una se recibe del padre, la otra de Dios, de ahí las diferencias tan esenciales que se observan entre la manera de ser de algunos hijos con la de sus padres.

Para concluir este artículo, diremos que no hallamos en la *Biblia* equidad y justicia en Dios al castigar tanto á Adam, y ser tan generoso con Cain, máxime cuando Adam y Eva eran tan sencillos, (según se nos enseña) que no podían comprender lo que era muerte, ¿de qué les había de servir la amenaza, sinó habían visto morir á nadie?

LORENZO RAYADO.

REVISTA POLÍTICA

EXTERIOR

Desmoralizado el ejército sérvio por las derrotas sufridas en los desfiladeros de la Bulgaria ha sido vencido últimamente en batalla cam-

pal dentro de su mismo territorio por las victoriosas tropas búlgaras.

La ambición del rey Milano habrá quedado satisfecha: ha sembrado de muertos los campos de batalla y llenado de heridos los hospitales por alcanzar un puñado de territorio búlgaro y ahora va á perder el aumento que se le concedió por el tratado de Berlín y probablemente el trono.

No ha podido ser más rápido ni mayor el castigo que ha acarreado al rey Milano su insensatez.

Cuando allá en el fondo de su conciencia recuerde que há pocos años con un pequeño ejército hacía frente á todo el poder de la Turquía y que, ya vencido, las grandes potencias europeas interponían su protección para que no perdiese ni un palmo de su territorio, y compare aquella situación con la que tiene ahora, en la que, vencido por una nación de menos recursos militares á la que él había provocado, tiene que sufrir la desmembración de su patria, sin que una voz siquiera se alce en su defensa; su dolor debe ser inmenso.

En cambio la Bulgaria y su príncipe Alejandro han adquirido simpatías perdidas por sus rivales por su conducta tan prudente como valerosa.

No hay nación que antes de conseguir su independencia no haya visto antes correr á torrentes la sangre de sus hijos: ley triste pero ineludible, cuya existencia nos demuestra cumplidamente la historia.

Siete siglos de una lucha homérica y siete años de encarnizados combates tuvo que sufrir nuestra nación antes de vencer á los árabes por completo y arrojar de nuestro suelo las tropas napoleónicas. Italia, antes de ver realizada su unidad, tuvo que sufrir los desastres de Novara y Custoza y estas mismas nacionalidades creadas, desprendiéndose del imperio turco, Rumania, Grecia, la misma Servia, no lo han sido sinó después de guerras encarnizadas y á costa de grandes sacrificios.

El pueblo búlgaro no podía escaparse á esta ley: no había obtenido su independencia por su esfuerzo, lo debía á la compasión que sus desgracias escitaron en las grandes potencias europeas reunidas en Berlín: había vertido, sí, mucha sangre, pero era la del cordero que dó-

cilmente se presta á la cuchilla, no la del león que defiende á sus cachorros: ha recibido su bautismo de sangre en esta lucha y en ella ha demostrado con su heroísmo que siente el amor á la patria y que es digno de ser independiente.

Los últimos telegramas nos dicen que se ha firmado un armisticio ocupando el ejército búlgaro la ciudad de Pirot, una de las que adquirió Sérvia por el tratado de Berlín: puede darse, pues, por terminada esta guerra fratricida; pero nó tardará en sentirse algún chispazo por cualquier otro lado de la península de las Balkanes pues, á despecho de todas las combinaciones de la diplomacia, la cuestión de Oriente no quedará resuelta hasta que los turcos repasen el estrecho; tal vez entonces la capital de la nación que gobierna el príncipe Alejandro en vez de ser Sofía, sea Constantinopla.

*
**

Puede darse por segura la subida al poder en Inglaterra del ilustre Gladstone: las elecciones han dado mayoría, aunque pequeña, al partido liberal y en esa nación modelo, donde la opinión pública es todo, no será desatendida ésta.

*
**

Un incidente, al parecer de poca importancia, ha venido á demostrar lo poco que puede temer la República francesa de los monárquicos de aquel país.

Con motivo de la muerte de don Alfonso los imperialistas quisieron presentar una proposición pidiendo que se levantase la sesión que se estaba celebrando en señal de duelo: los republicanos se mostraban propicios á ella, pero se opusieron los legitimistas y la proposición no llegó á presentarse.

*
**

En la Cámara alemana, al leerse en el discurso de la corona el párrafo en que se daba cuenta de la solución dada al conflicto de las Carolinas, los diputados se pusieron en pié aplaudiendo: veremos si en nuestra Cámara de Diputados sucede lo propio y tendremos por primera vez un litigio resuelto á gusto de las dos partes.

*
**

INTERIOR

No se engañó el sentido popular cuando afirmaba que D. Alfonso XII estaba afectado de una enfermedad mortal; en vano los periódicos ministeriales afirmaban lo contrario, en vano la *Gaceta* decía en sus columnas que seguía sin novedad en su importante salud, el pueblo seguía creyendo que el rey padecía de tisis y que no viviría mucho.

En efecto: el 25 de este mes, á las nueve de la mañana, dejaba de existir D. Alfonso XII, sin que todavía haya dicho la *Gaceta* la enfermedad que ha ocasionado su muerte.

Sólo registrando la historia de los países orientales se encuentra algo parecido á la conducta que el Ministerio ha seguido con motivo de la muerte del rey: allí se ven desaparecer sultanes como ha desaparecido en nuestros días con Abdul-Azir y Abdul-Hamid, misteriosamente y en otro tiempo hasta hicieron aparecer ante las tropas el cadáver de otro sultán bien pintarrajeado durante algunos días: no se han llevado aquí las cosas hasta ese extremo, si bien las pocas veces que D. Alfonso se exhibía al público aparecía bien pintado y acicalado para aparentar sana salud que no tenía.

En Turquía al fin aquellos disimulos, aquellas mistificaciones obedecían á planes y combinaciones políticas, pero aquí ¿qué planes podían proponer los ministros conservadores?

El tiempo aclarará estos misterios: por lo pronto la reina regente ha inaugurado su política llamando al poder un gabinete liberal.

Á reinado nuevo, política nueva, ha dicho el Sr. Cánovas, como si las aspiraciones y necesidades de la nación se modificasen con la muerte del rey: tan necesitado estaba el país de política liberal antes como después del fallecimiento de D. Alfonso.

Más exasto y más conforme con la historia hubiese sido decir: á minoría de edad, gobierno liberal, pues siempre que ha ocurrido este caso el trono ha buscado su apoyo en el pueblo y buen testigo es la madre de D. Alfonso que sin el apoyo del partido liberal (bien ingratamente recompensado después) no hubiera ocupado el trono.

*
**

La constitución del nuevo Ministerio no ha satisfecho completamente, porque en ella se ve la influencia de una mano oculta.

La opinión pública designaba al Sr. Montero Ríos para ocupar el Ministerio de Gracia y Justicia, máxime entrando en el programa del señor Sagasta establecer el jurado para lo criminal y ser cuenta al Sr. Montero de la ley de 1873 en donde se establecía; pero no ha sido así: este Ministerio lo ocupa el Sr. Alonso Martínez que ha poco que ha hecho (copia más ó menos servil de Leyes del Sr. Montero Ríos) ha sido debido á inspiracion agena.

Por la misma razón se esperaba que el señor Gamazo ocupase el Ministerio de Fomento; pero esto sin duda no ha sido posible por la poderosa razón de no disgustar á las Compañías de ferrocarriles, á cuyos consejos de administración pertenecen los Sres. Sagasta y Venancio González, Presidente del Consejo y Ministro de la Gobernación respectivamente.

Este mal principio se borraré indudablemente si el Ministerio lleva á cabo el proyecto que se le atribuye de indultar á los periodistas emigrados y ammistiar á los expatriados: así comenzó su regencia D.^a Cristina de Borbón y á ello debió el afianzamiento del trono de su hija: algo conseguirá D.^a Cristina de Hapsburgo con esta conducta, aunque no tanto como aquella, porque los tiempos son otros y no en balde se han propagado doctrinas más en armonía con el siglo presente y se han sufrido amargos desengaños.

*
* *
* * *

Después de una penosa enfermedad, que los partidos liberales han seguido ansiosamente, ha fallecido el Duque de la Torre: sus médicos, ménos ofuscados que los del rey, la han conocido y combatido enérgicamente empleando todos los recursos de la ciencia hasta que éstos han sido inútiles: pero la enfermedad del Duque de la Torre tiene su nombre, se ha seguido paso á paso y la familia del general Serrano seguramente que no tomará la medida de despedir á los médicos como se dice que ha hecho D.^a Cristina en Hapsburgo.

El acompañamiento del Duque de la Torre ha sido una manifestación: al paso que tras el cadáver del rey iba el elemento oficial, el del general Serrano iba seguido de un numerosísimo público en el que iban confundidos los hombres más importantes del gran partido liberal.

Inútil es que hagamos la apología del hom-

bre ilustre que acaba de fallecer: para nosotros tiene tres hechos que harán inolvidable su memoria al pueblo español: venció en Alcolea á la reacción: fué regente en 1869 y Presidente de la República en 1874.

RÉGULO.

DESPEDIDA

Adiós, que de tu lado ya me alejo
buscando extraño abrigo;
si el triste corazón aquí te dejó
tu imágen va conmigo.

Adiós, dulce esperanza bienhechora,
amada prenda mía,
que el lucero me anuncia ya la aurora
como ésta anuncia el día.

Mi encanto, mi pasión y mi embeleso,
si triste me retiro,
no olvides por favor mi último beso
ni mi último suspiro.

En el azul de los profundos cielos
que vaya contemplando
tu imágen pura entre fugaces velos
gozoso iré mirando.

Recuerdos y encontrados pensamientos
me robarán la calma,
porque son indecibles los tormentos
si sólo siente el alma.

¡Cuántas veces al templo te seguía
gozoso, enamorado,
y con cuánta impiedad, amada mía,
estaba arrodillado!

La hermosa vírgen que el altar sustenta
contemplo indiferente;
no me alianta la fe, como me alienta
el brillo de tu frente.

Las figuras que adornan los altares,
los cánticos del coro,
las luces que se cuentan á millares
y el órgano sonoro:

¿qué son ante tu voz y tu hermosura,
qué son ante tu acento?
falsedades con rica vestidura
y ráfagas de viento.

No juzgues esto de impiedad alarde;
mas... quiero ser impío
y no ocultar, hipócrita y cobarde,
el sentimiento mío.

No evitan el dolor y los pesares
las dulces oraciones;
Jesús no quiso templos: los altares
van en los corazones.

Adiós, adiós; el último suspiro
mi pecho amante lanza;
no apagues nunca en el mundo giro
la luz de mi esperanza.

ANTONIO R. GARCÍA-VAO.